

Históricas Digital

James Creelman

Díaz, jerarca de México

Felipe Arturo Ávila Espinosa (estudio introductorio)
Guadalupe Becerra Perusquía (traducción)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2013

436 p.

(Serie Documental, 30)

ISBN 978-607-02-4265-6

Formato: PDF

Publicado: 28 de abril de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/diazjerarca/djm.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, Ciudad de México

XIX

EL HÉROE DE OAXACA
RENUEVA LA GUERRA CONTRA MAXIMILIANO

Después de dormir dos noches en el rancho, Díaz comenzó su tercera campaña contra los invasores e imperialistas.

A las siete de la mañana del 22 de septiembre de 1865, se trasladó rápidamente a caballo a un lugar convenido, acompañado por el coronel García, dos ordenanzas, un clarín y un guía; allí se le unieron otros ocho patriotas combatientes. Al reunirse, la fuerza completa constaba de catorce hombres montados, algunos armados con pistolas, otros con carabinas. Éste era el nuevo ejército de oriente.

Ese mismo día, sorprendió a un destacamento del enemigo en Tehuitzingo, ampliando allí su pequeño ejército a cuarenta hombres, y con esta fuerza a la noche siguiente atacó audazmente a un escuadrón que salía de Piaxtla, al mando del teniente coronel Carpintero, haciéndolo huir y persiguiéndolo por más de tres millas. Tan feroz fue la persecución realizada por Díaz, que los fugitivos abandonaron unos setenta caballos y algunas armas.

No hacía mucho tiempo que había dejado la prisión, sin embargo, Díaz había obtenido dos victorias y llevaba adelante la campaña con increíble energía. No perdía ni una hora ni olvidaba ningún punto. Reunió otros setenta hombres bajo las órdenes del teniente coronel Cano y luego se le unieron treinta guerrilleros comandados por Tomás Sánchez, en Tepetlapa. Una tormenta sumamente fría mantuvo encerradas a sus tropas durante cuatro días en ese pequeño poblado.

Le llegaron noticias de que el mariscal Bazaine, que conocía bien la importancia militar y política del prisionero de guerra fugitivo, había enviado dos destacamentos de Puebla en una veloz persecución de su persona. El coronel Visoso, al mando de un destacamento de 300 elementos de infantería y cincuenta de caballería, tuvo que quedarse debido al intenso frío que se dejaba sentir en la ciudad de Tulcingo, no lejos de allí.

Antes que amaneciera, Díaz se puso en camino a Tulcingo para enfrentarse a sus perseguidores. Al arribar a esa ciudad, sorprendió al enemigo desprevenido en un templo, donde estaba acuartelado y, aunque casi cuarenta de sus propios hombres resultaron muertos, derrotó a Visoso quien huyó con la caballería, dejando sus prisioneros de la fuerza de infantería en manos de Díaz, con sus armas y municiones y 3 000 dólares en oro destinados a sus salarios.

Entre los seguidores de Díaz estaba un patriótico jefe de bandoleros y varios de sus hombres. Cuando el bandido encontró el arcón que contenía el oro su alegría no tuvo límites, pero cuando el general se lo quitó, estalló en ruidosas lamentaciones, suponiendo que su líder lo había despojado injustamente del botín. Aun en ese ambiente desagradable, y en ese momento violento y sangriento, Díaz explicó pacientemente a los hombres que los bienes capturados en la guerra no los podía guardar para sí ningún individuo y que este dinero le pertenecía al gobierno constitucional de México. Allí mismo le dio a sus soldados un ejemplo práctico de responsabilidad militar y de guerra civilizada, designando a un pagador y abriendo una cuenta con la compañía. Estos \$3 000 fueron el inicio de un inmenso fondo que Díaz entregó al presidente Juárez cuando volvió a entrar triunfante a la capital custodiado por las magníficas filas del victorioso Ejército de Oriente.

Al día siguiente, el general se apresuró a organizar en dos compañías a todos los prisioneros que estuvieran dispuestos a servir a la república y, con su ejército que había crecido un poco, marchó hacia Tlapa, uniéndosele en el camino un pequeño grupo de hombres montados y armados provenientes de la Mixteca. A medida que avanzaba, otros patriotas se sumaron a sus seguidores.

Mientras marchaba hacia Tlapa, después de la batalla en Tulcingo, Díaz se enteró que 1 000 soldados con seis cañones se habían unido a Visoso y capturado Tlapa, venciendo a las tropas republicanas que tuvieron que huir a los cerros. Una vez más dependía de su sagacidad para compensar su falta de efectivos.

Al estudiar el brillante historial de combates de este hombre, sorprende comprobar cuántas de sus victorias se debieron a las súbitas marchas nocturnas para atacar al amanecer, y a las ingeniosas estratagemas que engañaban y desmoralizaban a sus antagonistas. Con una columna de sólo 300 soldados contra 1 000 del enemigo que le aguardaban en Tlapa, resolvió intentar hacer otro experimento en la estrategia.

Pidió prestados 200 hombres a la guardia nacional del general republicano Jiménez en Chilapa, en la sierra, y marchó por los pueblos reuniendo hombres. Estos reclutas indígenas carecían de armas, pero los formó en bandas y marchó por las montañas, paralelamente a la reducida fuerza de soldados verdaderos. Cuando el duque austriaco Bernard, que estaba en Tlapa con 700 elementos, vio que en los cerros aparecía una gran masa de hombres, y la luz brillaba en los instrumentos musicales metálicos que llevaban, naturalmente supuso que eran hombres armados y abandonó el poblado de inmediato. Después de hacer que el enemigo atemorizado escapara de Tlapa, Díaz regresó los soldados prestados al general Jiménez y dispersó los grupos no armados de indígenas.

El duque Bernard volvió con sus fuerzas a Atlixco, colocando al coronel Visoso, con unos 300 hombres, al frente de esa población.

Díaz sufrió un ataque de fiebre palúdica, que no duró más de dos o tres días. Cuando supo que Visoso estaba informado de su enfermedad, fingió que se agravaba, manteniendo la farsa de una postración física mortal, cuando en realidad se había restablecido y se preparaba para

asestar otro golpe. El 3 de diciembre de 1865, emprendió una rápida marcha nocturna y al amanecer atrajo a Visoso hacia una emboscada y lo derrotó por completo. Díaz encabezó un vigoroso ataque de la caballería en el momento decisivo. Hubo 81 bajas mortales del enemigo y tomó suficientes prisioneros para formar un nuevo batallón al servicio de la república.

El general marchó entonces por los distritos del estado de Oaxaca, reuniendo hombres, materiales y dinero para su campaña. En ese momento, el enemigo tenía una idea tan exagerada de su fuerza militar que muchas de sus guarniciones en los poblados huían cuando se acercaba. Ocupó Silacayoapan y luego le arrebató Tlaxiaco al general Trujeque. En febrero de 1866, marchó con el general Álvarez para encontrarse con una columna de imperialistas al mando del general Juan Ortega, que avanzaba desde Oaxaca. En esta marcha poco faltó para que el enemigo lo hiciera prisionero, pero con valor y presencia de ánimo pudo escapar y encabezar un ataque valiente y exitoso. Más tarde expulsó de Jamiltepec a Ortega y sus tropas, lo persiguió, lo obligó a retroceder a Oaxaca y después recogió los cientos de fusiles que Ortega había abandonado.

El coronel Visoso, a quien le formaron consejo de guerra en Puebla por las derrotas que le infligió el hombre que acababa de escapar de una prisión imperialista, se ofreció a servir a Díaz y se pasó a su bando con 200 hombres y un cañón de montaña.

Conforme Díaz avanzaba hacia la ciudad de Oaxaca, su ejército aumentaba de tamaño. El relato de sus proezas corrió por el sur como por arte de magia.

Para ese momento todo el país se estremecía con horror e indignación por los detalles de un gran delito cometido por el gobierno de Maximiliano.

Al no poder llegar a un avenimiento, o siquiera lograr una entrevista ya fuese con Juárez o Díaz, el 2 de octubre de 1865, el emperador emitió una proclama mentirosa declarando que el presidente Juárez había huido a los Estados Unidos y que las fuerzas republicanas acéfalas ahora eran meros grupos de bandidos. Ésta era una falsedad difundida con total frialdad. La verdad es que en la única ocasión en que Juárez

esperaba un ataque de las fuerzas imperialistas en Paso del Norte, apeló a todos los hombres capaces de empuñar un arma a enfrentarse al enemigo y pelear hasta la muerte. “Nunca abandonaré mi país —dijo—. Si los derrotan, me iré a la sierra, envuelto en la bandera de la república y aguardaré mi muerte en suelo mexicano.”

Al día siguiente de su proclama en que anunciaba falsamente la huida de Juárez, el 3 de octubre de 1865, Maximiliano publicó una ley casi sin parangón en sus atrocidades deliberadas. He aquí los principales artículos:

Maximiliano, emperador de México:

Oído nuestro Consejo de Ministros y nuestro Consejo de Estado.

Decretamos:

Todos los que pertenecieron a bandas o reuniones armadas que no estén legalmente autorizadas, proclamen o no algún pretexto político, cualquiera que sea el número de los que formen la banda, su organización y el carácter y denominación que ellas se dieron, serán juzgados militarmente por las Cortes marciales y, si se declara que son culpables, aunque sea sólo del hecho de pertenecer a la banda, serán condenados a la pena capital que se ejecutará dentro de las primeras 24 horas después de pronunciada la sentencia.

Los que, perteneciendo a las bandas de que habla el artículo anterior, fueren aprehendidos en función de armas, serán juzgados por el jefe de la fuerza que hiciere la aprehensión, el que, en un término que nunca podrá pasar de las 24 horas inmediatas siguientes a la referida aprehensión, hará una averiguación verbal sobre el delito, oyendo al reo sus defensas. De esta averiguación levantará una acta que terminará con su sentencia, que deberá ser a pena capital, si el reo resultare culpable, aunque sea sólo del hecho de pertenecer a la banda. El jefe hará ejecutar su sentencia dentro de las 24 horas referidas, procurando que el reo reciba los auxilios espirituales. Ejecutada la sentencia, el jefe remitirá la acta de averiguación al Ministerio de la Guerra.

La sentencia de muerte que se pronuncie por delitos comprendidos en esta ley, será ejecutada dentro de los términos que ella dispone, quedando prohibido dar curso a las solicitudes de indulto.

Dado en el Palacio de México, a 3 de octubre de 1865.

MAXIMILIANO

El 13 de octubre, diez días después de esta ley inhumana, que sentenciaba a muerte a todos los mexicanos con la suficiente honestidad para oponerse a la invasión, el coronel Méndez, con una fuerza imperialista, sorprendió y derrotó en Santa Ana Amatlán a las tropas republicanas al mando del general Arteaga. Entre quienes hizo prisioneros estaban los generales Arteaga y Salazar, los coroneles Villagómez, Díaz Parcho y Pérez Milicua y una serie de otros oficiales.

El rango, educación y carácter de los prisioneros —Arteaga había sido gobernador de Querétaro, era general de división y tenía el mando del ejército del centro— llevaron a Méndez a preguntar al emperador si deberían matarlos o no conforme a la ley. Incluso 214 soldados imperialistas, que Arteaga hizo prisioneros en el campo de batalla y que los liberó en un canje, escribieron una protesta contra el asesinato propuesto. Sin embargo, el 22 de octubre de 1865, Arteaga y sus compañeros fueron fusilados en Uruapan. Las cartas que los dos generales patriotas escribieron a sus madres la noche anterior a su homicidio premeditado eran estremecedoras por su dignidad y patetismo. A Méndez lo ascendieron a general por este servicio incalificable, del cual ningún periódico de México pudo hacer mención. Aun el gobierno de los Estados Unidos, a través de su embajador en Francia, protestó ante Napoleón contra dicha barbarie.

Una gran repugnancia sacudió al país a principios de 1866. Unas veces confiando y otras sospechando de las intenciones de Napoleón, Maximiliano creía que el gran ejército francés en México se reduciría gradualmente, y aunque ya 4000 soldados habían partido a Europa, no se ocupó de formar su propia organización militar, a pesar de que el general Díaz se levantaba en el sur y el oriente y avanzaba en forma constante; que el general Escobedo con los coroneles Treviño y Naranjo

luchaban en el norte; que el general Corona hacía progresos con sus fuerzas en Sinaloa y Sonora, y que los generales Régules y Riva Palacio todavía combatían en el interior del país.

Napoleón y Maximiliano habían tratado en vano de lograr que los Estados Unidos reconocieran al imperio usurpador. La gran república del norte, a la sazón libre de la violenta situación de la Guerra Civil, presionó a Napoleón para que retirara su ejército del continente americano y anunció en lenguaje llano que el único gobierno al que reconocía como autoridad legítima de México era la república constitucional del presidente Juárez. La actitud de los Estados Unidos se volvió tan amenazadora que Bazaine por fin envió tropas a la frontera; pero el gobierno de Washington endureció su postura frente a Napoleón quien, al darse cuenta de que medio millón de soldados estadounidenses veteranos podrían lanzarse contra su ejército invasor que estaba muy desperdigado, ofreció retirar sus fuerzas de México.

Díaz arrasaba con todo lo que encontraba a su paso; Corona castigaba a los imperialistas en Palos Prietos y El Presidio; Terrazas hacía huir a las tropas traidoras en Chihuahua, después de que les habían retirado el apoyo francés; García de la Cadena combatía de nuevo en Zacatecas y Viesca derrotaba a las fuerzas imperialistas en Parras y Santa Isabel. En ese marco el mariscal Bazaine empezó a retirar sus fuerzas francesas y ordenó que todas las expediciones aisladas deberían estar formadas únicamente de tropas mexicanas traidoras.

Napoleón dio instrucciones a Bazaine de que permitiera que un determinado número de soldados franceses quedaran como voluntarios en México después de que partiera su ejército. Con 37000 soldados mexicanos traidores ya en combate, incluidos 12000 permanentes y los auxiliares, 8000 hombres de la legión extranjera y 5000 voluntarios que se estaban reuniendo en Austria, contarían con un ejército suficiente para mantener el imperio, en especial porque las tropas de Maximiliano poseían 662 cañones de sitio y de campaña para emplearlos contra los republicanos.

Maximiliano estaba distraído. Napoleón había convenido en dejar la legión extranjera en México hasta 1868 y apoyar al imperio mexicano

con 12 000 soldados durante algunos meses después de la retirada de Bazaine. Pero cuando celebró ese contrato, Napoleón no había previsto que los Estados Unidos tendrían más de 400 000 efectivos listos para entrar en acción. Además, los Estados Unidos notificaron al emperador de Austria que si permitía que los voluntarios se embarcaran hacia México, rompería relaciones diplomáticas con su gobierno; y eso puso fin a todas las esperanzas de ayuda del hermano de Maximiliano, porque el emperador austriaco se preparaba a luchar contra Prusia e Italia por la posesión de Schleswig-Holstein.

¡Ay del Archiduque austriaco de barba rubia quien ocupaba el trono de un imperio mexicano visionario! Los 27 000 soldados auxiliares mexicanos se redujeron a unos 12 000 y los 20 000 soldados franceses que garantizó Napoleón fueron sustituidos por unos míseros 3 000 voluntarios franceses.

Entretanto el presidente Juárez dividió la república en cuatro grandes mandos militares, entregando el sur y el oriente a Díaz, el norte a Escobedo, el centro a Régules y el occidente a Corona.

Agobiado por los gastos que no podía satisfacer, Maximiliano pensó al principio en renunciar a la corona mexicana. Bazaine retiraba a sus tropas de los puntos distantes y concentraba a las líneas francesas de regreso en la capital. Escobedo derrotó al general Olvera en Santa Gertrudis. El valiente traidor y general mexicano Tomás Mejía rindió Matamoros a los republicanos, abandonando 43 cañones y escapó a Veracruz. Juárez, con su gobierno, regresó a Chihuahua, para no volver a retirarse.

Maximiliano lidiaba en su mente superficial y sentimental con el problema de la abdicación. Ése parecía ser el curso señalado por Napoleón. Más tarde, el mariscal Bazaine trató de convencerlo para que desistiera del experimento imperial y regresara a Europa con el ejército francés. Pero se necesitaba un hombre más grande y valiente que Maximiliano para confesar abiertamente la locura de su aventura, dejarle México a su propio pueblo leal y heroico, y enfrentarse a la burla del

El voluble y atemorizado emperador de México aprovechó que el mariscal Bazaine visitaba a sus tropas en el interior, para convocar a su

gabinete a dos generales franceses, Osmont y Friant. Bazaine protestó y Napoleón se negó a permitir que sus oficiales fungieran como ministros mexicanos. Maximiliano abandonó toda compostura, se alió con los enemigos clericales de los franceses y estableció un oscuro gobierno reaccionario, controlado en secreto por su secretario-cura, el intrigante y autoritario abad Fischer, con un nuevo gabinete presidido por Teodosio Lares, un enemigo casi medieval del progreso, quien vivía a la sombra del arzobispo Labastida.

Miramón y Márquez, los sanguinarios generales de la Iglesia, fueron llamados para que volvieran a México.